



Nombre: _____ Curso: 3°M Fecha: _____

ANÁLISIS LITERARIO

El análisis literario está generalmente circunscrito en la crítica y teoría literaria, es decir, en los estudios literarios. Éstos realizan una hermenéutica de las obras de los distintos géneros literarios (novela, cuento, poesía, teatro). Para el análisis de obras filosóficas y libros de antropología, ciencias políticas y otras ciencias sociales, tendríamos que hablar de otro tipo de análisis (no obstante, la base hermenéutica es la misma).

Un aspecto central para hacer un análisis literario está en la forma de leer. Una lectura atenta y que examine las partes de la obra, permitirá siempre un mejor análisis.

El deleite rápido de una obra literaria está más del lado de una “lectura vacacional” y desatendida que del lado profesional y más profundo de la obra literaria. Un análisis literario profesional muchas veces necesita de más de una lectura de la obra. De la misma forma en que al ver una película por segunda vez se observan y entienden más cosas, igualmente sucede con la literatura. Al leer un libro por segunda vez, se profundiza más.

Elementos o partes a tener en cuenta en un análisis literario

Voz narrativa:

La voz narrativa, también llamada “voz poética”, se refiere a el tipo de narrador. Esta “voz” puede estar narrando en primera persona, tercera persona impersonal, tercera persona en forma de testigo o tercera persona omnisciente.

Verso o prosa:

Se refiere a la manera en que está escrita la obra. Comúnmente el verso se encuentra en la poesía y la prosa en los demás relatos. No obstante, la poesía en prosa es igualmente común, y los versos están por doquier: en novelas, teatro, etc. Algunas obras están mayoritariamente en verso o mayoritariamente en prosa.

Tipo de narración:

Se refiere a la manera en la cual es narrada la obra, a través de diálogos (como es común en el teatro), solamente con una descripción de los acontecimientos, usando principalmente monólogos de los personajes (como en Crimen y Castigo), o de forma epistolar (es decir en cartas, como en la novela Amigdalitis de Tarzán de Alfredo Brice Echenique).

Protagonistas:

Son el alma de todo relato. En el teatro y la novela es muy común la pugna entre un héroe y un antihéroe. Ejemplos claros de personajes principales y héroes son Bastian Baltasar Bux en la novela La Historia Interminable o Johnny Carter en El Perseguidor de Julio Cortazar. Los protagonistas son los personajes principales y sus “ayudantes” son los personajes secundarios. Muchas grandes obras de la literatura tienen este dúo de personaje principal y principal colaborador. Por ejemplo, Don Quijote y Sancho Panza. También el cine y las series, por ser dramatizaciones, representan este dúo, como Batman y Robin.

Héroes y antihéroes en la literatura:

El héroe es el personaje principal y su antagonista es el antihéroe, aquel que busca impedir que el héroe cumpla sus objetivos. En el Fausto de Goethe, Fausto es el héroe y Mefistofeles es el antihéroe. En la literatura, el teatro y en general en todos los géneros dramáticos, la narración tiene esta pareja de opuestos principales desde los cuales se genera el drama. Héroe y antihéroe son dos fuerzas opuestas que luchan y el resultado de esta tensión es el desenlace del drama.

Personajes secundarios:

Son aquellos que ayudan a recobrar la fuerza al héroe de la obra. Se caracterizan por la fidelidad y gracias a ellos los personajes principales o héroes no desfallecen. Los personajes secundarios ayudan que el héroe cumpla su objetivo. En El señor de los anillos de Tolkien, Samwise, un joven jardinero, es quien acompaña a Frodo hasta el volcán en Mordor donde finalmente destruirá el anillo.

El tiempo de la narración:

Es el tiempo en el que transcurre la historia narrada. Hace referencia al “Cuándo” de la historia. Muchas veces la obra narrada no transcurre en un solo tiempo sino en varios. Es común que se describan recuerdos que llevan la narración a un “flashback” en el pasado. O visiones de los personajes que nos llevan al futuro.

Los lugares dramáticos:

Es el espacio en el cual se desarrolla la historia. Este lugar puede ser físico o imaginario. Por ejemplo, 100 años de soledad sucede en un pueblo que se llama Macondo. Pero otras novelas pueden suceder en un mundo imaginario, como en La Historia Interminable del escritor alemán Michael Ende, o en un sueño.

Tema principal del libro:

Es el conflicto principal que se presenta en la historia o narración y precisamente es lo que enfrenta al héroe y al antihéroe. En la literatura los temas principales son comúnmente una historia de amor, una tragedia que involucra una muerte, una guerra, una gran amenaza, la búsqueda de un tesoro o un caliz, y pocos más.

Temas secundarios:

Son otros temas abordados en la obra que acompañan el drama principal. Usualmente hay historias familiares y de amor que se desarrollan al mismo tiempo que el tema principal

Subtexto:

Llamado así en el mundo de la dramaturgia, se trata de un segundo tema, no explícito, que subyace en la obra.

Argumento literario:

Es una síntesis de la estructura dramática de la obra, cómo comienza, cómo se complica y cómo se soluciona. En otras palabras, es un breve resumen del famoso “inicio, nudo y desenlace”.

Opinión o reflexión personal del lector:

La reflexión personal del lector usualmente hace parte de la reseña o los comentarios. En el análisis literario impera la investigación basada en los hechos observables en la obra y no en la subjetividad del lector. No obstante, la interpretación desde un punto de vista analítico puede incluir opiniones y reflexiones fundamentadas. Como se ha dicho, no son tan comunes en el análisis literario, pero una opinión fundamentada (aún más una propuesta interpretativa) si que se puede encontrar en el ensayo literario.

Ayudas metodológicas para analizar una obra literaria

- Leer pausadamente
- Subrayar en un color diferente lo que hace o dice cada personaje
- Subrayar en un color diferente las descripciones de tiempo y lugar
- Apuntar citas textuales memorables y que caracterizan a los personajes
- Identificar qué fuerzas e ideales representa el héroe y cuáles el antihéroe
- Hacer gráficos o diagramas que permitan visualizar una estructura o relación (por ejemplo la genealogía en el libro 100 años de soledad)

EL ALMOHADÓN DE PLUMAS – HORACIO QUIROGA

Su luna de miel fue un largo escalofrío. Rubia, angelical y tímida, el carácter duro de su marido heló sus soñadas niñerías de novia. Ella lo quería mucho, sin embargo, a veces con un ligero estremecimiento cuando volviendo de noche juntos por la calle, echaba una furtiva mirada a la alta estatura de Jordán, mudo desde hacía una hora. Él, por su parte, la amaba profundamente, sin darlo a conocer.

Durante tres meses -se habían casado en abril- vivieron una dicha especial.

Sin duda hubiera ella deseado menos severidad en ese rígido cielo de amor, más expansiva e incauta ternura; pero el imposible semblante de su marido la contenía siempre.

La casa en que vivían influía un poco en sus estremecimientos. La blancura del patio silencioso - frisos, columnas y estatuas de mármol- producía una otoñal impresión de palacio encantado. Dentro, el brillo glacial del estuco, sin el más leve rasguño en las altas paredes, afirmaba aquella sensación de desapacible frío. Al cruzar de una pieza a otra, los pasos hallaban eco en toda la casa, como si un largo abandono hubiera sensibilizado su resonancia.

En ese extraño nido de amor, Alicia pasó todo el otoño. No obstante, había concluido por echar un velo sobre sus antiguos sueños, y aún vivía dormida en la casa hostil, sin querer pensar en nada hasta que llegaba su marido.

No es raro que adelgazara. Tuvo un ligero ataque de influenza que se arrastró insidiosamente días y días; Alicia no se reponía nunca. Al fin una tarde pudo salir al jardín apoyada en el brazo de él. Miraba indiferente a uno y otro lado. De pronto Jordán, con honda ternura, le pasó la mano por la cabeza, y Alicia rompió en seguida en sollozos, echándole los brazos al cuello. Lloró largamente todo su espanto callado, redoblando el llanto a la menor tentativa de caricia. Luego los sollozos fueron retardándose, y aún quedó largo rato escondida en su cuello, sin moverse ni decir una palabra.

Fue ese el último día que Alicia estuvo levantada. Al día siguiente amaneció desvanecida. El médico de Jordán la examinó con suma atención, ordenándole calma y descanso absolutos.

-No sé -le dijo a Jordán en la puerta de calle, con la voz todavía baja-. Tiene una gran debilidad que no me explico, y sin vómitos, nada... Si mañana se despierta como hoy, llámeme enseguida.

Al otro día Alicia seguía peor. Hubo consulta. Constatóse una anemia de marcha agudísima, completamente inexplicable. Alicia no tuvo más desmayos, pero se iba visiblemente a la muerte. Todo el día el dormitorio estaba con las luces prendidas y en pleno silencio. Pasábanse horas sin oír el menor ruido. Alicia dormitaba. Jordán vivía casi en la sala, también con toda la luz encendida. Paseábase sin cesar de un extremo a otro, con incansable obstinación. La alfombra ahogaba sus pasos. A ratos entraba en el dormitorio y proseguía su mudo vaivén a lo largo de la cama, mirando a su mujer cada vez que caminaba en su dirección.

Pronto Alicia comenzó a tener alucinaciones, confusas y flotantes al principio, y que descendieron luego a ras del suelo. La joven, con los ojos desmesuradamente abiertos, no hacía sino mirar la alfombra a uno y otro lado del respaldo de la cama. Una noche se quedó de repente mirando fijamente. Al rato abrió la boca para gritar, y sus narices y labios se perlaron de sudor.

-¡Jordán! ¡Jordán! -clamó, rígida de espanto, sin dejar de mirar la alfombra.

Jordán corrió al dormitorio, y al verlo aparecer Alicia dio un alarido de horror.

-¡Soy yo, Alicia, soy yo!

Alicia lo miró con extravió, miró la alfombra, volvió a mirarlo, y después de largo rato de estupefacta confrontación, se serenó. Sonrió y tomó entre las suyas la mano de su marido, acariciándola temblando.

Entre sus alucinaciones más porfiadas, hubo un antropoide, apoyado en la alfombra sobre los dedos, que tenía fijos en ella los ojos.

Los médicos volvieron inútilmente. Había allí delante de ellos una vida que se acababa, desangrándose día a día, hora a hora, sin saber absolutamente cómo. En la última consulta Alicia yacía en estupor mientras ellos la pulsaban, pasándose de uno a otro la muñeca inerte. La observaron largo rato en silencio y siguieron al comedor.

-Pst... -se encogió de hombros desalentado su médico-. Es un caso serio... poco hay que hacer...

-¡Sólo eso me faltaba! -resopló Jordán. Y tamborileó bruscamente sobre la mesa.

Alicia fue extinguiéndose en su delirio de anemia, agravado de tarde, pero que remitía siempre en las primeras horas. Durante el día no avanzaba su enfermedad, pero cada mañana amanecía lívida, en síncope casi. Parecía que únicamente de noche se le fuera la vida en nuevas alas de sangre. Tenía siempre al despertar la sensación de estar desplomada en la cama con un millón de kilos encima. Desde el tercer día este hundimiento no la abandonó más. Apenas podía mover la cabeza. No quiso que le tocaran la cama, ni aún que le arreglaran el almohadón. Sus terrores crepusculares avanzaron en forma de monstruos que se arrastraban hasta la cama y trepaban dificultosamente por la colcha.

Perdió luego el conocimiento. Los dos días finales deliró sin cesar a media voz. Las luces continuaban fúnebremente encendidas en el dormitorio y la sala. En el silencio agónico de la casa, no se oía más que el delirio monótono que salía de la cama, y el rumor ahogado de los eternos pasos de Jordán.

Alicia murió, por fin. La sirvienta, que entró después a deshacer la cama, sola ya, miró un rato extrañada el almohadón.

-¡Señor! -llamó a Jordán en voz baja-. En el almohadón hay manchas que parecen de sangre.

Jordán se acercó rápidamente y se dobló a su vez. Efectivamente, sobre la funda, a ambos lados del hueco que había dejado la cabeza de Alicia, se veían manchitas oscuras.

-Parecen picaduras -murmuró la sirvienta después de un rato de inmóvil observación.

-Levántelo a la luz -le dijo Jordán.

La sirvienta lo levantó, pero enseguida lo dejó caer, y se quedó mirando a aquél, lívida y temblando. Sin saber por qué, Jordán sintió que los cabellos se le erizaban.

-¿Qué hay? -murmuró con la voz ronca.

-Pesa mucho -articuló la sirvienta, sin dejar de temblar.

Jordán lo levantó; pesaba extraordinariamente. Salieron con él, y sobre la mesa del comedor Jordán cortó funda y envoltura de un tajo. Las plumas superiores volaron, y la sirvienta dio un grito de horror con toda la boca abierta, llevándose las manos crispadas a los bandós. Sobre el fondo, entre las plumas, moviendo lentamente las patas velludas, había un animal monstruoso, una bola viviente y viscosa. Estaba tan hinchado que apenas se le pronunciaba la boca.

Noche a noche, desde que Alicia había caído en cama, había aplicado sigilosamente su boca -su trompa, mejor dicho- a las sienas de aquélla, chupándole la sangre. La picadura era casi imperceptible. La remoción diaria del almohadón había impedido sin duda su desarrollo, pero desde que la joven no pudo moverse, la succión fue vertiginosa. En cinco días, en cinco noches, había vaciado a Alicia.

Estos parásitos de las aves, diminutos en el medio habitual, llegan a adquirir en ciertas condiciones proporciones enormes. La sangre humana parece serles particularmente favorable, y no es raro hallarlos en los almohadones de pluma.